

Psicoanálisis: ESCUELA FRANCESA**Cátedra I, Prof. Titular Regular: DRA. DIANA RABINOVICH****Teórico N° 2 - Fecha: 20/04/95 - Profesora: DIANA RABINOVICH.**

Partiremos de un repaso de la experiencia de satisfacción y dolor en Freud tal como éste las desarrolla en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, que resumo, para comenzar, en un breve cuadro:

Huella mnémica desiderativa

Identidad de percepción

Satisfacción alucinatoria del deseo

Deseo

Huella hostil

Función del grito

Defensa primaria

Afecto

Este cuadro establece un paralelo entre dos experiencias, la de satisfacción y la de dolor, que serán el marco de referencia que servirá como guía para nuestro tema.

La clase anterior concluyó con una referencia a la importancia de la satisfacción alucinatoria en su relación con lo que puede considerarse una satisfacción peculiar, una satisfacción mediante signos, y a su relación con las huellas e imágenes que nos ofrecen los aparatos producidos por la ciencia. En este sentido, nuestro gran desarrollo técnico tiene, quizás, un fundamento insospechado en la formulación de Freud de la experiencia de satisfacción alucinatoria.

Quisiera, brevemente, tomar como punto de referencia, para entender a Lacan, las dos experiencias míticas primitivas, la experiencia de satisfacción y la experiencia de dolor, que se produce cuando no surge la satisfacción esperada. Este par de experiencias están descriptas en el *Proyecto...*, texto de referencia indispensable. Ambas experiencias tienen, ya en Freud, el carácter de experiencias míticas – pues ocupan el lugar de un origen del que no se puede dar cuenta a través de un saber de otro tipo –; tal es el lugar de estructura mítica que ocupan las primeras experiencias de dolor y de satisfacción.

Una de sus características, en la que me detendré para empezar, está en su nombre mismo: experiencias. Una de las conclusiones más importantes que se pueden extraer de la formulación freudiana es que la experiencia no es aquí un puro dato biológico, orgánico; es una experiencia organizada de entrada por el desamparo infantil del niño humano y por todo un sistema simbólico que se encarna en distintos personajes (pueden ser los padres biológicos o no). Un otro humano organizará esta experiencia, que no es

un dato primero, en bruto, que una vez constituida en experiencia de satisfacción o de dolor adquiere un carácter mítico. Esto implica que esta experiencia no se funda únicamente en la biología; si se pretende pensarla sólo como biológica uno se aleja de la tesis freudiana. El cuerpo queda comprometido en un nuevo sistema que alterará profundamente el circuito de la necesidad biológica y transformará a esta última en algo inexistente en su pureza en los seres humanos.

Esta experiencia marca, organiza la satisfacción que el niño, por sí solo, es incapaz de obtener, pues para obtener la satisfacción necesita de un Otro en cuyo poder está. Este Otro, no tiene un poder imaginario, tiene un poder real, un todo poder, una omnipotencia, en la medida en que el niño es inerme, no tiene armas para enfrentar la satisfacción de sus necesidades en tanto que organismo. Esto permite que el Otro que acude en su ayuda adquiera una importancia, un peso desmesurado. La acción específica – aquella biológicamente adecuada a la satisfacción de la necesidad – no desaparece, pero sufre una distorsión que la marca para siempre; distorsión que no es la misma en el caso de la experiencia de satisfacción que en el de la experiencia de dolor.

Es central poner en claro que la experiencia de satisfacción no es todavía el deseo, sólo cuando se constituye como experiencia organizada en cuanto tal por esos Otros y por el sistema simbólico que rodea al niño, sólo entonces, esa experiencia informe adquirirá una impronta, un sello del Otro, que originará esa particular característica humana que es el deseo. El deseo, en este sentido, es propio de la especie humana, de ningún modo es compartido con ninguna otra especie animal.

Examinemos cómo la experiencia de satisfacción funciona como la matriz estructural que hace surgir y diferenciarse al deseo a partir de la necesidad. Freud mismo lo formula en estos términos, que están en la base de su primera teoría pulsional según la cual la pulsión nace apoyándose en la necesidad. La profunda alteración de la necesidad determinada por el sistema que condiciona su satisfacción hace que de ella se desprenda algo nuevo: el deseo.

Desde esta perspectiva, ¿qué sostiene Freud? Parte, al inicio, de un principio que, tomado literalmente es engañoso, el del arco reflejo, es decir, el esquema estímulo-respuesta, pues éste resultará profundamente distorsionado. ¿Cómo es esa distorsión? La acción específica, que sería la respuesta motora al estímulo interno ‘hambre’, no basta para satisfacer la necesidad, a causa de la prematuración del bebé humano, lo que hace que se abra, de allí en más, para el sujeto que habla la posibilidad de una dimensión totalmente distinta a la del arco reflejo, la dimensión del acto. Allí donde no

hay posibilidad de arco reflejo, donde ha de estructurarse un complicado circuito mediado por un intermediario que es el Otro, surgirá la posibilidad de algo que Lacan llamará *acto*.

En el aparato psíquico tal como lo describe Freud en la experiencia de satisfacción, queda la marca, el recuerdo, la huella mnésica de esa experiencia de satisfacción. A partir de allí, la realización del deseo se diferencia de la satisfacción de la necesidad. Porque la mira de la realización del deseo es volver a encontrar la percepción de la huella que quedó grabada. Algo de esto resurge en el niño que exige que le cuenten el mismo cuento con las mismas palabras, que se vuelva a la misma escena dos veces, al mismo signo, aunque éste nunca será igual a esa primera vez; siempre será diferente, nunca será idéntico a la huella primera. Freud indica que la realización del deseo implica la inversión de la dirección del arco reflejo y, en lugar de la salida, de la descarga motora, se produce meramente una descarga en el nivel del polo sensorial, es decir, una alucinación de esa huella primera.

Entonces, este es un sistema que Lacan, con razón, caracteriza como radicalmente antiadaptativo desde el punto de vista del organismo; pues busca volver a percibir algo ya percibido, busca la identidad de percepción, meta del proceso primario.

El proceso primario busca, por estructura, la identidad de percepción, y se realiza en esa satisfacción alucinatoria de la huella, del signo. Por lo tanto, la existencia de esa satisfacción alucinatoria como tal es, estrictamente, lo que configura el deseo como deseo inconsciente: el anhelo de volver a lograr la identidad de percepción de esa satisfacción mítica primera, que nunca se vuelve a encontrar tal cual.

Esto nos sucede siempre a los humanos, si vamos por ejemplo a un restaurante la primera vez es la mejor, las siguientes nunca son iguales, siempre les falta algo. La frescura de la primera vez queda como irrecuperable. Quisiera subrayar que éste no es un funcionamiento inmaduro, que se corregirá con la madurez de la percepción, sino un funcionamiento estructural, que se funda en que el ser hablante es un ser desamparado, que es algo muy distinto a un ser inmaduro.

Nosotros, supuestamente ‘maduros’, estamos regidos por el mismo sistema de percepción propio del funcionamiento del principio del placer, al margen de nuestra capacidad de defendernos solos. Por lo tanto, la identidad de percepción no es teórica ni abstracta, implica una subversión de lo que la psicología llama percepción.

Lo que Freud llama percepción, poco tiene que ver con la fisiología, la neurofisiología o la psicología de la percepción. Para Lacan el sistema freudiano

implica una satisfacción peculiar, que nada tiene que ver con el placer de la satisfacción del hambre biológico, sino más bien, con un hambre de signos de presencia, de presencia mítica, que nunca volverá a ser hallada y que, en realidad, deviene mítica *après-coup*. Esto es lo que la sabiduría popular dice del primer amor, que ocupa ese lugar mítico de la primera vez. Los otros no han de ser iguales, serán mejores o peores, pero no iguales. Diferencia que se introduce cuando se busca lo mismo. El aparato psíquico busca las condiciones de placer en signos siempre iguales. Si esos signos cambian a veces el sujeto no puede obtener placer. Forma extrema de esto es el fetichismo. Si el sujeto no tiene cierto signo (zapato, ropa interior, lo que fuera) no hay posibilidad de satisfacción y cabe tener presente que Freud habló de los rasgos fetichistas de la normalidad.

Todos tenemos hasta para comer, para ir al baño – actividad muy importante, porque basta ver el objeto fetichista que son los baños en nuestra cultura; observen la cantidad de boutiques dedicadas a decorar baños, por ejemplo – que implican la existencia de ciertas condiciones, la presencia de algunas cosas, necesarias para el placer de la excreción.

Si se parte de ciertos signos que condicionan las necesidades aparentemente más biológicas, como las excretorias, encontramos que también esas funciones terminan siendo modeladas, como tantas otras, por una serie de circunstancias, detrás de la cual la presencia o no de ciertos signos oculta un placer disfrazado. Es difícil que alguien confiese el placer en este nivel. Lo puede confesar sobre un diván, donde se habla mucho de ello, pero es difícil que lo diga en una charla de café. Otras cosas sí, pero esta no, está fuera del circuito de lo que se habla socialmente.

Ese ‘aparato psíquico’ que debido al desamparo brinda al Otro un lugar tan importante, busca como meta esencial esa identidad de percepción. La identidad de percepción se juega en las dos experiencias. Del lado de la experiencia de dolor vuelve, aunque no querida, vuelve automáticamente la experiencia de displacer, dada por ejemplo por la ausencia de la persona de la que depende la satisfacción, tanto que a veces la presencia de esa persona, más allá de que tenga en ese momento una mamadera o pueda dar el pecho, calma, esa presencia es condición de la satisfacción.

Por eso Lacan habla de ‘signos de presencia’, y por eso un niño se calma escuchando la voz de alguien que no está cerca, una voz simplemente conocida o se asusta frente a una voz que no conoce, y esto desde muy temprano. Lo central es el tono

de la voz, porque hasta el enojo en una voz conocida es distinto del enojo de una voz desconocida o las palabras cariñosas de una voz conocida o desconocida.

Si el aparato psíquico busca la satisfacción alucinatoria, la identidad de percepción propia del proceso primario, nos encontramos con que si el cachorro humano se satisface con la sola alucinación, no hay forma de que satisfaga la necesidad, dado que esta búsqueda y esta satisfacción son básicamente antiadaptativas desde la perspectiva del organismo.

Cuando no hay más remedio, cuando la carga de la necesidad biológica es muy grande, cuando la carga constante de la necesidad no baja, en ese momento, la experiencia alucinatoria puede virar y devenir experiencia de dolor.

Cualquiera ha visto a un bebé chupeteando que, en un momento dado, se pone a gritar, cuando segundos antes estaba pacíficamente chupándose el dedo, y de repente se produce un vuelco y aparece un llanto furioso.

Ese llanto, ese grito, que adquiere una función secundaria, la de llamar al Otro, es el origen, para Freud de los motivos morales a los que ya se aludió. Ese grito es identificado con el objeto hostil – la huella desiderativa es dejada por un objeto que satisface –, pues la experiencia de dolor que es la huella de un objeto hostil se traduce en el grito. Por eso la aparición del grito, al margen de las condiciones de peligro real, adquiere su carga a partir de la presencia del objeto hostil. Pero el objeto hostil, en este nivel, es ausencia de presencia de signos, no necesariamente una presencia que haga algo, es una ausencia que daña. Es la no presencia, la ausencia, lo que genera y desencadena como tal una relación que puede llegar a la desorganización completa del aparato psíquico, a la que Freud llamó angustia traumática.

Así como frente a la reactivación de la necesidad aparecen el deseo y su búsqueda de la identidad de percepción, la satisfacción alucinatoria, del lado de la experiencia de dolor el equivalente al deseo es lo que Freud en el *Proyecto...* llama defensa primaria. Ésta funciona a través de un mecanismo económico, la creación de cargas laterales o de inversiones laterales, que se oponen a la sumación propia de la experiencia de satisfacción alucinatoria. Esta es la defensa ante la ausencia de la presencia de los signos. Ella aparece mucho antes de que el niño esté muerto de hambre, pues cierto ritmo de presencia-ausencia configura el ritmo de la satisfacción como tal. De modo tal que el niño puede empezar a alucinar la satisfacción un rato antes de que aparezca el hambre y su irrupción violenta.

Quiero subrayar que la defensa primaria es una reacción frente a una desorganización masiva por la no aparición de la percepción esperada, de los signos esperados, y ella es el fundamento de todas las formas de defensa que Freud estructurará posteriormente.

En conclusión: la forma de nostalgia que deja la experiencia mítica de satisfacción se llama deseo; la forma de recuerdo que deja la experiencia de dolor, Freud, en el *Proyecto...* la llama afecto. Este es el fundamento de la teoría del afecto como forma de recuerdo en la obra freudiana, el fundamento de la tan discutida, y supuestamente inexistente, teoría del afecto en Lacan. La teoría de los afectos en Lacan se funda en el *Proyecto...*, en la relación entre el afecto y la experiencia de dolor, quedando excluido un afecto que es el placer, que queda del lado de la experiencia de satisfacción.

Del lado del afecto como recuerdo de la experiencia de dolor se instalará, posteriormente en Freud, el más allá del principio del placer. Lacan, fiel a esta formulación, instalará el más allá del principio del placer del lado de la desorganización del aparato, de aquello que escapa al principio del placer y su satisfacción alucinatoria a través de la identidad de percepción. Por lo tanto el más allá del principio del placer romperá el equilibrio de la satisfacción alucinatoria del deseo.

En este sentido, el más allá del principio del placer subvierte al deseo y, por ende, el deseo es una forma de frenar el más allá del deseo freudiano. Para Lacan, el deseo freudiano, en una de sus dimensiones, impide que el circuito del afecto masivo, de la desorganización total, se instale.

Esta es una primera introducción, que es importante por su relación con los dos principios, como dice Freud, en su famoso artículo *Los dos principios del suceder psíquico*, el principio del placer y el principio de realidad, antes de que intervenga el más allá del principio del placer.

Pasemos a articular estas experiencias con el deseo como del Otro en Lacan. Ambas experiencias tienen algo en común, ambas dependen de la presencia de un Otro. Ese Otro es el eje común alrededor del cual giran ambas experiencias, la de placer y la de dolor. Es la función del Otro prehistórico, como lo llamaba Freud, que Lacan retoma; el semejante, en alemán *Nebenmensch*. A través de ese Otro prehistórico, del semejante, Lacan articulará el deseo como deseo del Otro con la experiencia de satisfacción y la experiencia de dolor. Alrededor de ese Otro se estructura el deseo para Lacan.

Para Freud, el deseo es deseo sexual infantil, perverso polimorfo. Lacan introduce y jerarquiza, en lo tocante al deseo, su concepto de deseo como deseo del Otro, que es la

función del Otro, del semejante, del *Nebenmensch*, que se funda en ese elemento al que me referí la otra vez, que es fundamental, que es el desamparo y la prematuración del bebé humano.

Pero la expresión el deseo es el deseo del Otro no es una expresión freudiana, es una variación particular que Lacan realiza del deseo en Hegel. En su primera época, Seminarios I a III, el deseo del Otro es deseo de ser reconocido por el Otro. El deseo es deseo de reconocimiento, fórmula tomada de Hegel.

En un texto muy posterior, “La Negación”, cuando Freud se refiere al establecimiento del principio de realidad señala que se busca volver a encontrar aquello que nunca más se podrá volver a encontrar, el objeto perdido de la primera satisfacción. Freud, y Lacan lo sigue, señala que tiene que constituirse esa experiencia mítica perdida para que pueda establecerse la dimensión de lo que comúnmente se llama conocer-saber, y que todo conocer exige la búsqueda, el re-hallazgo, el volver a encontrar el objeto perdido.

Para Lacan ningún sistema de reconstitución de la acción humana había acentuado tanto este carácter fundamentalmente conflictivo, esta oposición a la adecuación con el mundo y a la adaptación como tal. Para Freud la realidad es precaria, resiste a la común medida. La común medida sería la reacción instintiva en el animal, reacción ante ciertos estímulos fijos de maneras siempre fija. Los seres humanos carecen de esta común medida, aunque a veces las normas sociales les hagan creer que las tienen, porque un grupo social brinda algo parecido a una común medida.

Siendo el acceso a la realidad tan precario para los seres humanos, los mandamientos, que dibujan la vía que permite el acceso a la realidad, son tiránicos, no hay libertad respecto de ellos, no se puede escaparles, y en tanto que guía hacia la realidad los sentimientos son engañosos. La única forma que Freud encuentra de acceder a lo real de la invasión de cantidad, que todavía no es lo real lacaniano, es vía la existencia de la defensa primaria, inseparable de la experiencia de dolor.

La originalidad del principio del placer en Freud es que se ubica en el nivel de la percepción. Esto implica que lo que se busca a través de la identidad de percepción, real o alucinatoria, es una identidad. Es peligroso para la supervivencia de un organismo que predomine esta forma de satisfacción propia del proceso primario.

Lo que funda, para Lacan la trama misma de la experiencia humana, es que se construya cierto sistema de *Wunsch*, que no es exactamente deseo, sino anhelo; anhelar algo, es solidario de la espera. Por ello Freud hablaba, en términos de su época, de una

carga de atención, de una alerta, de un esperar atento de un placer, que no espera nada desde afuera, sino que avanza hacia lo que quiere, que es la identidad de percepción, que se caracteriza por ser inconsciente.

El problema es que para Freud la percepción es solidaria de la conciencia, resulta, por ende, que la meta del principio del placer, la identidad de percepción inconsciente, pasa por la conciencia y es percibida en la conciencia.

En una experiencia alucinatoria, ¿dónde se ubica la percepción? Si ésta, por otra parte, es propia de la conciencia. Lacan muestra que ambos principios tienen una relación particular. Siguiendo a Freud del modo más ortodoxo sostiene que el principio de realidad se rige por la ley del proceso secundario, y busca así la identidad de pensamiento.

Pero he allí que lo propio del inconsciente en el *Proyecto*...son los pensamientos. Entonces, hay pensamientos que tienen que ver con la realidad y pensamientos que no tienen que ver con la realidad. A su vez, la palabra percepción aparece jugando, por un lado, en términos de principio de realidad-preconsciente y, por otro, principio de realidad-inconsciente, y también la palabra pensamiento juega en los dos niveles: preconsciente e inconsciente.

Al respecto, Lacan sostiene que el principio de realidad sólo gobierna en un nivel del pensamiento, en la medida en que del pensamiento vuelve algo que en la experiencia interhumana se articula en palabras. Sólo así, el pensamiento puede llegar al conocimiento del sujeto en la conciencia.

Inversamente, dice Lacan, “el inconsciente ha de situarse en el nivel de los componentes lógicos, que son del orden del logos [palabra griega, que quiere decir razón y lenguaje, entre otras cosas; es voz y lenguaje al mismo tiempo] articulados bajo la forma de un *ortoslogos*, [un discurso recto] oculto en el núcleo donde se realizan en el sujeto todas las cargas inconscientes, todas las transformaciones de carga correspondientes al proceso primario”. Ellas hacen que la inercia del placer implique que dentro de ese circuito de elementos lógicos sea indiferente un signo u otro, un signo siempre pueda valer por otro y ser sustituido por otro.

En el nivel del pensamiento inconsciente, donde rige la identidad de percepción y no la de pensamiento, constantemente entre los elementos o componentes lógicos que son los significantes, para Lacan, puede haber permanentemente transferencia y pasaje de cargas, lo que Freud llamó desplazamiento, mecanismo propio del proceso primario.

Esto implica que en esta experiencia primera la percepción del ser hablante es modificada por el logos, entiéndase por la razón y el discurso, primera modificación que se opera en la experiencia de satisfacción y estructura ese pensar particular que es el pensar inconsciente.

El principio de placer freudiano no es la búsqueda del placer, en el sentido del organismo biológico, sino la búsqueda predominante de algo que se relaciona con la estructura de ficción del deseo que altera la estructura de la realidad. Porque la realidad también queda teñida de ficción. Por lo tanto no hay, en cuanto tal, desde esta perspectiva, la posibilidad de pensar en una supuesta realidad objetiva. Volveré a esto luego, cuando tomemos el tema de la ciencia en Lacan y de la íntima relación que hay entre esta estructura de ficción y la ciencia.

Porque los objetos que la ciencia construye de naturales tienen poco. Entonces, si se habla de percepción objetiva se supone la percepción en tanto un ver realmente lo que hay, lo que aparece, lo que se presenta que, en realidad, forma parte de un mundo humano, que nuestra sociedad lleva hasta la exageración en su dimensión de artificio.

La originalidad de Freud es señalar que el placer está ligado a esos artificios, que el placer en el ser humano desnaturaliza al cuerpo, desnaturaliza el placer mismo, que queda más vinculado a los artificios que tienen que ver con los signos de presencia-ausencia de las experiencias de satisfacción y dolor que, como tal, con la realidad de los supuestos objetos materiales en juego.

Pongamos un ejemplo. Desde que se conocen representaciones de los humanos, en tiempos fríos, aparecen seres humanos con pieles. Obviamente hoy sabemos que ya hemos matado bastantes animales y disponemos de pieles sintéticas. Al respecto la humanidad se divide en dos: los que no quieren perder el placer de la piel auténtica y los que, con conciencia ecológica, dicen es un crimen, hay que usar pieles sintéticas.

Finalmente para abrigarse ambas son iguales, pero el placer de ponerse un zorro blanco no tiene nada que ver con el del zorro sintético y, sin embargo, abrigan igual. Sabemos que muchos, por objetos semejantes – tapado, coche, lo que fuere – son capaces de sacrificar mucho, más allá del valor de utilidad del objeto. Porque el valor de utilidad del objeto puede ser el mismo – si un coche nos transporta que importa qué marca es y cuántos chiches tiene –.

Doy adrede los ejemplos de estos objetos cotidianos que no son los objetos de la experiencia mítica de satisfacción. Pero piensen ustedes cuán temprana es, en nuestra cultura, la introducción de la satisfacción artificiosa. Tengamos claro, la mamadera,

tiene poco tiempo de historia, porque depende de la existencia básicamente de las leches en polvo artificiales, capaces de ser absorbidas por el bebé y de sustituir a la leche materna.

Desde el nacimiento este tipo de objeto está presente. Esto implica que esta posibilidad de artificio del placer humano, hace que el objeto con que pueda satisfacerse asuma formas casi infinitas, por lo menos imaginariamente infinitas. Es importante porque en ese nivel, por eso lo introduzco, como derivado de la experiencia de la satisfacción primera y sus artificios del lenguaje, puede aparecer la definición del deseo de Lacan como deseo del otro con minúscula, que implica desear lo que ese otro tiene. Ese otro no tiene nada que ver con ese Otro organizador de la ficción sino, simplemente, si alguien tiene un coche blanco y yo uno rojo y me parece que el blanco es mejor, el rojo que tengo me parece despreciable.

Esta permanente intercambiabilidad de los objetos, esta permanente concupiscencia, que no sólo es el erotismo en el sentido del sexo, sino también de la posesión; el deseo de poseer objetos. Si toman descripciones de Grecia y de otras civilizaciones, este problema por la pequeña diferencia entre un objeto y otro, con más o menos sofisticación, está en todas las culturas.

Este es el objeto por el que entro en competencia con el otro con minúscula. En este nivel se ubica la publicidad cuando nos seduce con un “pertenezca a los que tienen tal cosa”. Quiero subrayar que lo curioso es que el sujeto organiza en función de estas diferentes formas de la ficción, su forma de satisfacer no sólo las necesidades biológicas, sino las necesidades cimentadas por la cultura.

Frente a ello la división valor de uso/valor de cambio, clásica del marxismo, no alcanza a explicar las cosas, porque supone un valor de uso puro en el nivel de la necesidad, y si hay una lección que la economía nunca pudo tomar del psicoanálisis es que nunca la satisfacción se agota en el uso. Los seres hablantes tienen todas las necesidades de uso satisfechas, y anhelan el blue-jean del otro. Expliquen sino la pasión del blue-jean en la ex U. R. S. S., es absurda, o la pasión por la Coca-Cola. ¿Qué es esa otra cosa?

Lo propio del psicoanálisis es ubicarse ahí donde no se trata ni de valor de uso puro ni de valor de cambio puro. Lacan dirá, muchos años después, diez años después: Marx se olvidó de algo, del valor del goce. El valor del goce de algo no se define ni por el uso ni por el cambio, porque además tiene que ver con estas manías de las que hablaba respecto de los baños, por ejemplo que, obviamente, nada tienen que ver con el

valor de uso de la satisfacción de la necesidad excrementicia humana, los complicados artefactos de mármol, oro, símil oro, o lo que sea con lo que se llenan hoy en día los excusados, son excusas para algunas otras cosas.

Aquí entra la dimensión del goce, Lacan la define muy bien – cuidado, pasamos del placer al goce –: “el goce es lo que no sirve para nada”, el goce es lo inútil. El sujeto humano no se mueve por móviles exclusivos de uso, de calculo, etc., y esta pasión por lo inútil, esta pasión por lo que no sirve para nada, es casi una pasión propia de la humanidad, en cualquier cultura.

Pero esto marca de entrada la posibilidad misma del psicoanálisis: saber que puede haber un padecer que no tiene nada que ver con la utilidad ni con el intercambio social, sino que está entre placer y goce, dimensionando un aspecto que Lacan caracteriza como absolutamente privado. Usa la palabra privado para indicar que no entra en el intercambio social. Es un goce propio, pero en realidad es una nueva palabra para un viejo concepto freudiano, es un goce autoerótico, y el autoerotismo no circula, el autoerotismo es mi zona erógena, no la del otro, tiene que ver con mi propio cuerpo, no entra en la circulación social. Por eso, el deseo como deseo del otro es lo que hace el contrapunto, entre lo autoerótico y privado, de la dimensión de la satisfacción, la cual en un sentido freudiano – no en el sentido hétero, homosexual, no se refiere a lo fálico –, sino a la satisfacción sexual, esa satisfacción no tiene común medida, porque es autoerótica, no es la satisfacción del intercambio y de la rivalidad por los objetos, porque, precisamente, en ese último nivel encontramos el narcisismo freudiano. En esta otra dimensión, goce, placer alucinatorio, etc., es ahí donde se instalará, organizando sus condiciones, la ficción, es decir, el deseo del Otro, no en el nivel del narcisismo, porque en ese nivel del narcisismo, el deseo como deseo del otro con minúscula se instala vía el significante del Ideal, tributario de la demanda del Otro, no del deseo del Otro.

Por lo tanto, de las dos definiciones del deseo en Lacan: deseo del otro y deseo del Otro, es equivocado decir que la última es simbólica y la primera imaginaria. En Lacan atribuir una cosa exclusivamente a lo simbólico o imaginario es algo siempre sospechoso, dado que la determinación, la imbricación entre los tres órdenes está presente en cualquier acontecimiento.

El punto central es que en sus primeras definiciones, Lacan apunta a mostrar, y es lo que tomaré la próxima vez, que de ese Otro prehistórico, inolvidable, se desprenderán dos vías, bajo dos formas distintas. Pero que ya tienen ustedes dibujada, por decirlo de algún modo, una oposición que es fundamental en la obra de Lacan, que

es la diferencia entre lo que es del orden del placer y del goce en su relación con la experiencia de satisfacción, de aquello que es la dimensión de la homeostasis narcisista.

Tampoco puede decirse que uno es mejor que otro, no caben acá calificaciones valorativas, se trata de una estructura, con la que todo sujeto humano está conflictuado, en distintos niveles, por todas esas dimensiones. Todas ellas producto del artificio y todas ellas independientes de la necesidad de supervivencia. Es decir, no es la supervivencia pura la que mueve al sujeto hablante, porque si fuera la supervivencia nadie arriesgaría la vida por ninguna causa, nadie se suicidaría por amor, nadie sería capaz de trabajar quince horas por ese gran equivalente general que es el dinero. Estas son distorsiones, distorsiones que por otro lado configuran lo más importante de ese animal extraviado de la animalidad, que somos nosotros.